

y noche. Una mujer ha perdido á mi hermano, y otra mujer perderá á su miserable asesino. Ya te decía yo que no teníamos más que aguardar.

El banquero se expresó con una vehemencia que electrizó al bretón.

—Vete, Juan María, dijo.

Por toda recompensa le alargó la mano.

El criado la estrechó y salió cuando el conde Hugo entraba en el gabinete.

—Amigo mío, le dijo el barón, puedes cerrar las maletas. Dentro de pocos días iremos á Morbihan.

El conde Hugo levantó las manos hacia el techo, como un prisionero á quien ponen en libertad.

Adoraba á su Bretaña, y sólo estaba en París para acompañar al banquero.

—¡Al fin te decides! exclamó.

—Esperaba la decisión de mi cuñada, y tengo motivos para suponer que no ha de tardar en manifestarla.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—En ciertas palabras que acabo de oír.

—¿Con motivo?.....

—De Laugou. Lo van á vender. El duque se ha ido á pique.

—¿Hasta ese extremo?

—Renaudet lo asegura.

—Puede equivocarse.

—El notario y el agente de negocios del duque están furiosos contra su cliente.

—¿Por qué?

—Porque rechaza la mano de cuantas herederas le proponen para sacarlo á flote. Ni siquiera se molesta en decirles por qué.

—¡Bah!

—Chapuzet se lo ha dicho á Renaudet. Ya lo sabes, las gentes de negocios suelen contarse esas cosas.....

—¿Y das crédito á esas fábulas?

—Querido Hugo, replicó el banquero acentuando sus palabras, creo que conozco á una viuda joven, cuyo mayor placer sería enjugar el déficit del duque. Por eso el duque no acepta las demás, ó yo me engaño mucho.

El banquero miró fijamente al conde, que se estremeció.

Se habían entendido.

XVI

JUAN MARIA SIGUE TENDIENDO SUS REDES.

El mayor de los Breson no gastaba por lo común tantas palabras.

Pertenecía á la categoría de los silenciosos.

Su prolijidad acusaba la alegría de un descubrimiento importante.

Parecíase al inventor que, tras vanos esfuerzos, halla, al fin el elemento necesario á su triunfo.

¿Qué buscaba?

Un resorte para poner en juego las pasiones de sus adversarios y arrancarles el perseguido secreto. Acababan de proporcionarle este resorte.

Los celos.

Este feroz auxiliar le daría el medio de vencer la resistencia de su cuñada, á quien nada había detenido en la fatal pendiente por donde la pasión la precipitaba.

El banquero había calculado con matemática precisión las consecuencias probables de la torpeza que el duque, cediendo á su carácter egoísta y disoluto, acababa de cometer dando pábulo al incendio que tal incremento podría tomar en un alma del temperamento de Luisa.

Si hubiese visto á la bella viuda cuando, depuesta la máscara de disimulo, fué dueña de sí misma, hubiera quedado satisfecho de la estratagema del criado.

En cuanto estuvo fuera del gabinete, no pensaba sino en la frase rudamente formulada por el antiguo servidor de su marido:

—El duque hace el oso á las niñas bonitas.

El tono con que lo dijo Juan Maria la sublevaba los nervios.

Había pronunciado el nombre de Ivona Rebec con insistencia atormentadora.

La baronesa reanuda sus recuerdos mientras sus dos magníficos caballos bayos la llevaban en su victoria forrada de raso á la avenida de Messina.

Aquella Ivona era, en efecto, de rara hermosura.

El conde Hugo, orgulloso de su ahijada, se la había presentado en Plelau. La había visto más de una vez y la había estudiado como perita en la materia.

Con sus vestidos de aldeana, Ivona tenía la distinción de una gran señora.

¡Y muy coqueta, la niña!

Siempre vestida á lo aldeana de zarzuela: muy limpia y perfilada. Su padrino, el conde Hugo se encargaba de proveer su guardarropa. No había estación en que el conde, con su espiritual hombría de bien, no recorriese todos los grandes almacenes, pandemonium de la galantería, por curiosidad en primer término y después para comprar todo lo que podía ser agradable á la pobre niña.

Con verdadero placer de padre ó de tío enviaba á Plelau aquellos trajes que no le arruinaban.

¡Ah! ¡si hubiera sabido lo que ocurría!

Con qué vehemencia no hubiera detestado al seductor que deshonraba á su única ahijada, amada con el puro cariño que sólo pueden inspirar aquellos á quienes hemos visto nacer y crecer bajo nuestra guarda.

El también, angustiado por la muerte de Santiago Bresson á quien quería como hermano, tenía sus sospechas; pero no se atrevía á formularlas y dejaba á Noel la dirección, seguro de que la llevaría á feliz término.

La victoria de la baronesa pasaba admirando á

los transeuntes que se asombraban de lo lujoso del tren y de la soberana belleza de la viuda.

Ni uno dejaba de pensar que la propietaria debía verlo todo de color de rosa.

¡Cuánto se equivocaban!

La baronesa sentía un principio de tempestad en su cabeza.

Pensaba que, en son de burla y sin malicia, podía haberla dicho la verdad Juan María.

¿No había el duque elogiado cínicamente, años antes, los nacientes encantos de aquella muchacha?

¿No había llegado á decir: «La ve usted, Luisa?...

¡Qué éxito alcanzaría entre cierta gente! Ideal, por vida mía.

Tenia ya, no presentimiento, sino evidencia de una traición.

Porque, ¿qué interés tenía el criado para inventar tal mentira?

¿No había sido siempre atento y respetuoso? ¿No ignoraba sus relaciones con el duque?

¡Por eso se oponía á su ida á Scaer! Los buenos y prudentes consejos no tendían á otro fin; quería alejarla del teatro de sus felonías.

En cuatro meses sólo le había consagrado una semana.

¡El señor de Vaudrey la postergaba á una campesina!

Ahora se explicaba su frialdad, sus hastíos, su necesidad de huir de París, su entusiasmo por Bretaña, antes tan aborrecida.

Y aquel hombre la engañaba, á ella, á Luisa Renaud, tan preciada de perspicaz y astuta.

Mentía con increíble descaro.

¡Y por él había afrontado tantos peligros, y había expuesto su honor y su libertad haciéndose cómplice del asesinato de su marido!

Hubiera querido volar á su lado, á Laugou, para verle, interrogarle, y sorprender sus pensamientos.

El baron Noel tenía razón al decir al conde que se preparase para el viaje.

La hora de la acción se acercaba.

El viento sembrado por Juan María iba á producir tempestades.

La baronesa, se dijo, que había tenido ya bastante prudencia, que nada le retenía en París, que era tiempo de disfrutar de la libertad, á tanto precio comprada, y que ningún motivo de temor existía.

Cuando llegó á su habitación abrió para respirar las ventanas que daban al jardín, común á las dos casas.

Se ahogaba.

Bajo un grupo de castaños vió á su doncella Luciana hablando con Juan María.

Desde la muerte de su amo, el bretón, que gozaba de la confianza del barón Noel, se mostraba muy amable con la confidente de la viuda.

Luciana no rehusaba sus obsequios.

No porque la sedujese el tallo de Juan María.

Sin ser deforme, ni repulsivo, Juan María distaba mucho de parecerse á su hermano. Era de me-

diana estatura y facciones vulgares, sólo animadas por la sorprendente viveza de sus ojos.

Juan María no era de esos oriados buenos mozos y fatuos que hacen perder el juicio de las marquesas.

Pero Luciana, no favorecida tampoco por la naturaleza, daba gran valor al ingenio y tenía en alta estimación el de Juan María.

No ignoraba, por otra parte, que Juan María, entre salarios, ahorros y propinas, podían pasarlo regularmente.

Juan María era un capitalista.

Tales condiciones son muy de estimar para almas positivistas.

Luciana veía además que su edad y la del criado concordaban á maravilla. Juan María iba á cumplir cuarenta años, la edad de la madurez y la experiencia, y ella frisaba ya en los treinta y cinco.

Si más tarde, porque no había prisa, el Breton de Scaer pretendía su mano. Luciana pensaba meditar sobre la proposición y era fácil que se decidiese una vez redondeada su fortunilla.

La conversación tomaba, por de pronto, un giro favorable, y Juan María, que nunca había abordado de lleno el asunto interesante para Luciana, comenzaba á insuainarse con precaución, demostrando á la buena pécora, que llega una edad en que conviene jubilarse; en que se necesita tranquilidad y sosiego, pero no para vivir solo como un jabalí en el bosque; en que hace falta compañía, ó mejor aun,

carifio, y que es difícil hallar una mujer buena, pues conocía muchas que ni para sus enemigos las quería.

Luciana escuchaba sin pestañear las explicaciones de Juan María, cuando la segunda doncella de la baronesa se asomó á una ventana, y llamó:

—¡Luciana!

La antigua discípula de las hermanas de la Caridad, había conquistado cierta independencia y solía gozarse en demostrarlo.

Respondió con un gesto á su compañera y siguió usted,—dijo á Juan María.

Pero el Breton era el deber personificado.

Además había avanzado lo suficiente para un primer ataque.

Era también la exactitud en su punto.

—Vaya usted, señorita Luciana, dijo; después hablaremos.

No era de este parecer la doncella.

—No haga usted caso, repuso. Ya esperará un momento la señora.

—A propósito, dijo Juan María; ¿van ustedes á ir pronto á Scaer? Yo me vuelvo. Allí podremos hablar á gusto.

Luciana se disparó.

Olvidó un instante su habitual reserva.

—La señora lo desea, dijo, pero no dice esta boca mía.

—Hace mal, replicó Juan María; el señor barón tomará el tren en cuanto se lo diga. Quiere mucho á la señora.

Luciana se acercó á Juan María y dijo brusca-
mente.

—¿Lo cree usted?

—¡Diablo!

—Le suponía buen olfato.

—Le tengo, pero no entiendo lo que me dice.

Juan María tenía el rostro más ingenuo del mundo.

—La señora es como usted—siguió Luciana.—
Cree que el barón está loco por ella.

—Pues bien, ¿quiere usted que le diga lo que
pienso?

—Sin duda.

—Acá, para entre nosotros, esa amistad es muy
dudosa.

—¡Oh, Luciana!—exclamó Juan María en tono
de reprensión.

—¡Ya se verá! En casa hay que cerrarse la boca;
pero ya hablaremos.

—Sí, hablaremos bajo los árboles de Scaer y pa-
ra entre nosotros, como dice usted Luciana.

—Y Chiton con los demás.

—Diablo, no puede uno fiarse.

Juan María aparentaba una ingenuidad sublime.
La segunda doncella volvió á gritar.

—¡Luciana!

—¡Qué cargante está esa Adelal—dijo la otra.

—Hasta pronto Juan María.

Luciana estaba muy emocionada.

No es prudente hablar de matrimonio á las mo-
zas viejas.

En tocando á este punto casi todas se alborotan
como caballos viciosos.

En la escalera se volvió para dirigir á Juan Ma-
ría un saludo muy parecido á un beso.

—¡Hola! ¡hola!—pensó Juan María:—muerde el
cebo antes de lo que imaginaba. Después de todo,
no es tan fea como parece. Le prometeremos el
matrimonio por averiguar la verdad.

Y añadió riéndose del chiste.

—Prometer y cumplir son cosas distintas. A un
picaro otro mayor.

FIN DEL PRIMER TOMO.